

DUCCIO BONAVIA: ALGUNAS IMPRESIONES DE COLEGAS

Elmo León Canales (comp.)

Miguel Pons Couto

César Gutiérrez

Cristóbal Campana

Yoshio Onuki

Federico Kauffmann Doig

Leopoldo Chiappo †

Para esta compilación se ha seleccionado seis impresiones de algunos colegas, que dan una idea de la persona de Duccio. Algunos lo conocieron cuando eran jóvenes, otros de edad más avanzada, pero todos tuvieron la experiencia común de haber sido parte de su entorno como colegas o amigos. Al final he incluido una nota mía.

Duccio Bonavia

Conocí a Duccio un mediodía de verano hace poco más de diez años. Vino a almorzar a mi casa, gracias a la intermediación de un amigo común. Conocía de oídas su nombre y tenía referencias de su libro *Perú. Hombre e Historia. De los orígenes al siglo XV*¹ que busqué y no encontré en librerías. Una buena amiga me proporcionó una fotocopia de las 586 páginas. Una vez leído era imperioso conocer al autor. Los almuerzos se hicieron rutinarios pese al poco tiempo libre del que disponía Duccio, mientras escribía su magistral tesis sobre *El Maíz*.

Serio pero con agudo sentido del humor, ajeno a frivolidades, discreto, disciplinado para el trabajo de campo e investigación, apegado al rigor de la ciencia, a la verdad y a la ética y, muy especialmente, honesto en el más amplio sentido de la palabra. Era para mí, pese a ser apenas un año mayor que yo, maestro, amigo, ejemplo de vida. Fui testigo de cuánto echaba de menos a Anita, su esposa y colaboradora, fa-

¹ Las referencias bibliográficas de todas las obras de Bonavia aquí citadas pueden ser consultadas en Matos en este volumen.

llecida; compartíamos memorias de nuestra amistad con el maestro Raúl Porras Barrenechea, que a él lo indujo a la arqueología y a mí a la diplomacia.

Esta sólida amistad se prolongó, con mensajes de Internet, durante su permanencia en Canadá, de donde vino a continuar sus investigaciones en Huaca Prieta después de que los exámenes médicos practicados en Canadá habían descartado un problema cardíaco y, confiado, viajó al Perú. Apenas llegado a Lima, vino a almorzar a mi casa. Había tanto de qué hablar y, como siempre, nos faltó tiempo. Le ofrecí llevarlo en mi automóvil a Trujillo, disfrutar de nuestras conversaciones en el trayecto y conocer los avances de sus trabajos en Huaca Prieta-Paredones. Dijo que no era posible por falta de alojamiento. Nos despedimos con un “hasta la vuelta”.

Días más tarde, supe de su muerte temprana, lejana, a solas. Un infarto masivo al corazón, en la madrugada del sábado 4 de agosto de 2012, en la habitación donde se hospedó en Magdalena de Cao, cortó las alas con las que volaba, siempre, alto, muy alto para la mayoría de sus colegas. La envidia, ese llamado pecado capital que es característico de quienes viven siempre a ras del suelo, envidiando, temiendo, intentando lo imposible para que “el palo encebado” funcione, no pudieron detenerlo.

Superó todos los obstáculos, limitaciones, problemas. ¿Qué mejor prueba que su obra escrita? Conservo y leí los ejemplares únicos que le quedaban y me obsequió, *Los Camélidos Sudamericanos* y *El Maíz*, los que me dedicó, respectivamente, el 1 de diciembre de 2007 y el 23 de mayo de 2009.

Los muertos no mueren cuando yacen en la tumba sino cuando los vivos los olvidan. Vives, Duccio, entre los que respetamos tu memoria y nos duele tu ausencia.

Miguel Pons Couto²

² Miguel Pons Couto, ministro-consejero y embajador peruano, fue un gran amigo de Duccio en los años recientes, poco antes de su fallecimiento. La amistad de Miguel con Duccio ha devenido en amistad entre el compilador y Miguel.

El académico Duccio Bonavia

El doctor Duccio Bonavia Berber falleció de un infarto a las 9:30 de la mañana del sábado 4 de agosto de 2012, en la habitación 204 del hospedaje *Jobalú* (Libertad 105), en el distrito de Magdalena de Cao (provincia de Áscope, departamento de La Libertad), mientras trabajaba en su computadora. Tenía a la vista un libro de su amigo y colega argentino Alberto Rex González (1918-2012). Aunque no se sentía bien, se sobrepuso al malestar y murió haciendo lo que siempre hizo con ganas y buenos resultados: investigación arqueológica. Sus restos fueron cremados y sus cenizas están ahora con su hijo Aurelio en los Estados Unidos. El martes 7 de agosto, la Universidad Nacional de Trujillo, a la que donó su valiosa biblioteca y de la que era Profesor Honorario (1994) y Doctor *honoris causa* (2006), lo recordó en un emotivo y concurrido homenaje. La ceremonia estuvo presidida por el rector Orlando Velásquez Benites. Todo el auditorio, con muchos jóvenes que lo admiraron y apreciaron, estaba impactado. La presencia de sus hijos Bruna y Aurelio, de su yerno Thomas Fisher y de sus nietos Lucas y Stephen Fisher elevó el cariño dispensado por los oradores, entre los que estuvo el académico correspondiente Santiago Uceda Castillo.

Nació en Spalato (Dalmacia) el 27 de marzo de 1935, de padres italianos –Aurelio y Neda–. En 1965, a los treinta años de edad, se convirtió oficialmente en peruano, aunque desde antes ya expresaba su indudable peruanismo, su expectativa por la nueva ciudadanía y su deseo de pertenecer a nuestro país, que lo acogió casi de adolescente.³ Estudió en la Escuela Nacional de Ingenieros (1952-1954) y en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, donde el 17 de agosto de 1960 se graduó de Bachiller en Letras (Etnología-Arqueología) con el trabajo "Sobre el Teatino" y el 15 de junio de 1961 de Doctor en Letras (Etnología-Arqueología) con la tesis "Seis sitios de ocupación de la parte inferior del valle de Lurín". En ambos exámenes fue aprobado por unanimidad con sobresaliente. Posteriormente, fue a Roma (1965) y a Burdeos (1968) para completar su formación profesional. Enseñó en

³ Véase al respecto en este tomo Matos y Villacorta, y sobre la nacionalización, también en Arellano.

Letras y en Antropología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, en la Universidad Peruana de Ciencia y Tecnología y en el Universidad Peruana Cayetano Heredia, en la que ocupó varios cargos hasta su jubilación.

El 21 de diciembre de 1995 se incorporó como Miembro de Número de la Academia Nacional de la Historia. Leyó un discurso sobre "La domesticación de las plantas y los orígenes de la agricultura en los Andes Centrales". Desde entonces estuvo pendiente de su buena marcha. Apenas ingresado integró la Junta Directiva como vocal y luego, entre 2008-2010, como vicepresidente. Su constante preocupación llegó en algunos momentos a la angustia y a la incertidumbre. Soy testigo de ello. Como ha señalado don José Agustín de la Puente Candamo, "Duccio era muy institucional", y cuando se enteró de su viaje, expresó: "El viaje de Duccio al Canadá es una mala noticia para la Academia". Vivió la Academia en el sentido más amplio. Cuando el 7 de marzo de 2011 fue distinguido como Miembro Honorario habló sobre su ingreso y su pertenencia a la Academia: "Debo decir que este nombramiento ha sido uno de los más altos honores alcanzados en mi vida académica. Por dos razones fundamentales: la primera y que es obvia, porque se trata de una de las instituciones más prestigiosas de nuestro país; y la segunda, porque me ha tocado ocupar la silla de uno de mis maestros, el padre Pedro Eduardo Villar Córdova"⁴. Era asiduo colaborador de la *Revista Histórica*. Su minuciosa *Bibliografía del Periodo Precerámico* (2001) fue otros de sus importantes aportes a nuestra corporación y a nuestro país.

Para el doctor Bonavia, una investigación no publicada no existía. Su nutrida bibliografía, acopiada por Elmo León Canales⁵ nos ilustra acerca de lo que él mismo proclamaba y hacía: sus múltiples explo-

⁴ Bonavia 2011-2012: 493. Véase Matos en este tomo para la referencia bibliográfica completa.

⁵ Se trata de la bibliografía que había sido publicada en la serie *Arqueología y Vida*, n° 1, que editó la Universidad de Trujillo en 2007. León la republicó en "Duccio Bonavia (1935-2012): ética y ciencia en una sola persona". *Bulletin de l'Institut français d'études andines* [Lima, 2012], 41 (2): 317-324. Una versión mejorada y más completa, en el sentido que se actualizó con los últimos artículos aparecidos y todavía de autoría de Bonavia, así como con los títulos faltantes, es presentada por Matos en este tomo.

raciones y excavaciones en distintos lugares del país que terminaron impresas en el Perú y en el extranjero, no solo en castellano sino también en otros idiomas, algunas con reediciones. Uno de sus últimos trabajos, en coautoría con Elmo León, es "El periodo mito de Kotosh y Shillacoto, ¿es precerámico?" (2013).

A los pocos días de su muerte, el jueves 9 de agosto, fui a Magdalena de Cao y al hotel donde se hospedaba. Allí hablé con el cuartelero-administrador Segundo Amaya Cabel. Luego, en la calle Grau, encontré a la lavandera Marlene Pairazamán Castro. Ambos, todavía sorprendidos por la fatal noticia, guardaban un gratísimo recuerdo de Duccio, pues fueron muy cercanos a él durante su estadía en ese distrito ascopano, jurisdicción en la que se encuentra uno de sus sitios arqueológicos preferidos: Huaca Prieta.

Quedamos en vernos en Trujillo el 6 de agosto, para conversar y compartir un exquisito *shambar*, el tradicional plato de los lunes. No pudo ser.

César Gutiérrez⁶

El amigo que no se va

El recuerdo acorta los espacios, ordena el tiempo, renueva el pasado y desconoce las distancias. Te recuerdo en mi primera clase sobre el Horizonte Medio en San Marcos, hace más de cincuenta años atrás. Pasó más de medio siglo y sin embargo, parece ayer. Siempre vuelves a discurrir, pensando y discutiendo sobre la idea que en Huaca Prieta se encuentran los primeros mensajes coherentes de la iconografía andina. No lo aceptas tan sencilla o simplistamente como lo digo y te vas a excavar en esa inmensidad de polvo histórico de ese prieto y aún desconocido promontorio. Me cuentas de los hallazgos y los problemas, de los amigos estudiosos brasileños y de las nuevas preguntas que se te presentan y me dices: "Es como si cada vez, conforme encuentro

⁶ César Gutiérrez es miembro de número de nuestra Academia de la Historia del Perú. Tuvo una gran amistad con Duccio y le conoció por mucho tiempo, especialmente porque actuaron juntos como miembros de la Junta Directiva; Bonavia como vocal y después como vicepresidente y Gutiérrez como secretario que fue por muchos años.

más respuestas, me parecen más pequeñas, aunque más significativas. No sé si podré acabar". Y vuelves a la brega: Preguntar al polvo negro de la huaca. Pero, esto fue ayer no más.

Cuando yo necesito alguna aclaración sobre los fenómenos entre el Holoceno y el precerámico, recurro a mis viejas preguntas y mi hipótesis de que la horticultura fue la clave de los procesos de sedentarización, entonces tengo tus palabras aclarando el valor —también— de los medios de acumulación sistemática tan temprana. Te la oigo explicar cerca de La Laguna, cerca de Los Gavilanes o de otras. Y te vas de nuevo a Huaca Prieta, demostrando tus conocimientos y el valor de la presencia de huevos de *Diphyllobotrium pacificum*, en coprolitos reportados por Callen y Cameron (1955 y 1960)⁷. Entonces, va creciendo la valoración de la horticultura utilizando las tierras humosas de los alrededores de los humedales, tierras que se derivan de la eutrofización en los terrenos que pierden aguas de superficie y permiten vivir a las plantas —o cultígenos— con sólo la humedad del subsuelo, claro, lo que más tarde el hombre los convertiría en "huachaques". Y perdóname: si en mi ignorancia te "discutía" era para "picarte la lengua", pues me dabas muchas más respuestas con evidencias aclaratorias de este fenómeno.

Recuerdo una tarde llegaste a la oficina donde trabajaba como supervisor de Chan Chan, pues todas las mañanas estaba en el campo y tú eras mi jefe. Me trajiste a regalar un ejemplar de la revista del museo [*Arqueológicas*], con tu trabajo sobre los murales de Pañamarca, con los colores pintados a mano, y con témpera. Fue eso tan conmovedor para mí, que no olvidé nunca ese gesto, sin pensar que sólo sería el primero entre otros tantos. Todo ello se derivaba de las conversaciones de cómo vi, tiempo atrás, cuando era casi un niño, al maestro pintor Pedro Azabache, "repintar" algunas partes del mural de la Huaca de La Luna, en Moche. La sencillez con que me mostraste las pinturas tuyas, para comparar el color, era la de un estudioso serio y riguroso, que se

⁷ Callen, Eric O. y Thomas W. M. Cameron. 1955. "The diet and parasites of prehistoric Huaca Prieta Indians as determined by dried coprolites". *Proceedings of the Royal Society of Canada*, 1955: 51.

--. 1960. "A prehistoric diet revealed in coprolites". *The New Scientist*, 8: 35-40.

molestaba por las circunstancias que no te permitían volver a ver las pinturas del mural, pues ya no se podían observar porque las habían “tapiado” y cubierto para que no se sigan deteriorando. Estas pinturas, en esos días los arqueólogos las habían “redescubierto” y nosotros les obligamos a cubrirlas, apenas terminaron los estudios, de acuerdo a los objetivos de su plan de trabajo. Tu comprensión esperó para conversar con Michael Moseley, director del proyecto. Al día siguiente, citado por tí, los encontré a la entrada de un chifa, llegué en silencio, me paré a espaldas tuyas, oí parte de la discusión y por ética tuve que retirarme. Creció mi admiración y aprecio.

Cuando decidiste trabajar Huaca Prieta, no supe cuándo, pero apenas lo supe, fui a visitarte. Conversamos tanto, me explicabas tus objetivos con tanto apasionamiento que, sabiendo que así lo harías, me preocupaba porque entendía que tu salud estaría muy a menudo sometida a pruebas muy difíciles.

Recuerdo que en nuestro primer encuentro conversamos sobre la idea (perdona esta simplicidad) de que el algodón — hecho tejido — había sido el medio para difundir una ideología convertida en imágenes o que, la iconografía andina que ha demostrado más coherencia en su proceso de desarrollo, se había difundido gracias a las imágenes que muestran esos sencillos tejidos. En esa vez se soltaron tantas preguntas y — como siempre — me contestabas en largas explicaciones y el deseo de seguir preguntando sobre las magnitudes del conocimiento, calculando en el cielo y en el movimiento de los astros por el tiempo de cada mañana. ¿Cuánto sabrían esos mariscadores, pescadores y horticultores que hacían sus tejidos con tantas imágenes? ¿Qué misterios esconde la tecnología del algodón? ¿Qué relación existiría entre la “lógica textil” y la lógica de la naturaleza circundante? Mira Duccio, ¡cuántas preguntas aún quedan...!

Te fui a ver más de cinco veces y me daba el lujo de que me regalaras mucho tiempo en explicaciones, sobre todo en lo referente a las posibles fases de la sedentarización, hasta llegar a la ocupación Cupisnique. Recuerdo la mañana en que bajamos al lugar cercano a la antigua desembocadura del río Chicama, para dos cosas: ver al antiguo

corte —frente al mar— de Junius Bird y luego, más al sureste, mostrarte el lugar del antiguo huachaque en el que, en una fotografía publicada, aparecía con algunas otras personas y que ya la Cooperativa de Casa Grande había convertido en feraces campos de cultivo. Mirando esos terrenos, me explicaste que si esos campos y los del frente, al pie de la “casa del brujo”, antes habían sido trabajados por los horticultores de entonces, bien podrían haber mantenido grupos sedentarios —con excedentes— como para mantener a personas que pudieran elevar el gran muro del lado este de la huaca, también excavado por Bird. Recuerdo, tú hablabas emocionado, pero serenamente, o tratabas de mostrar serenidad. En mi memoria, en cambio, daban vuelcos los otros recuerdos de tus anhelos de seguir buscando en Huaca Prieta otras explicaciones.

Pero la vida es cruel. Esa mañana, cuando me avisaron, sentí como si se derrumbaran lo que habías venido construyendo con tus estudios en Huaca Prieta. Te fui a ver y sólo encontré rostros silenciosos y callados. Sin que yo preguntara, me contaron como pasó, sin tu presencia en el campo, hasta que descubrieran la dolorosa verdad. Sentí un fuerte apretón en el pecho y no sé qué me pasó. Sólo recuerdo tus palabras: “Vamos a seguir trabajando y no te preocupes”. No fueron tus últimas palabras, lo sé, porque todos sentimos que no te has ido, que sigues presente y orientándonos a seguir dudando de lo que creemos saber.

Cristóbal Campana⁸

Recuerdos de Bonavia

En 1963, participé por segunda vez en la excavación de Kotosh, Huánuco. El director del proyecto era Seiichi Izumi, quien aceptó a tres estudiantes peruanos como practicantes a pedido de Luis G. Lumbreras, quien era profesor de la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga de Ayacucho. Los estudiantes fueron Mario Benavides, Enrique González Carré y Augusto Cruzat, con quienes nos hicimos muy

⁸ Cristóbal Campana es destacado arqueólogo de la costa norte del Perú, conocido por sus excavaciones en Chan Chan.

amigos inmediatamente desde el momento del primer encuentro. Dentro de los jóvenes japoneses estaba Hiroyasu Tomoeda, quien era mi colega en antropología cultural de la Universidad de Tokio y tenía un plan de hacer investigaciones antropológicas de la comunidad campesina actual en la sierra, después de terminar la temporada de la excavación. Los ayacuchanos le recomendaron e invitaron a Tomoeda con mucho ánimo de venir a Ayacucho y buscar alguna comunidad para su estudio en la zona.

Terminamos el trabajo arqueológico en Kotosh en octubre con dos acontecimientos nada agradables. Excavamos en forma completa el llamado Templo de las Manos Cruzadas, lo cual fue un gran éxito, pero quedaba como problema la conservación del relieve de barro de las manos cruzadas. Cortamos y despegamos el relieve e íbamos a llevarla a Lima por orden de Luis E. Valcárcel y Seiichi Izumi, pero los ciudadanos de Huánuco nos enfrentaron. Tuvimos que dejar el relieve en Huánuco y en 1966 lo restauramos cuando volvimos a Huánuco para la tercera temporada de excavación. El relieve quedó guardado celosamente en el museo del Colegio Nacional Leoncio Prado de Huánuco⁹. La otra desgracia fue el accidente del generador de luz en el campamento de Kotosh, que le causó a Tomoeda la pérdida de dos dedos de su mano izquierda.

En noviembre de 1963, hicimos Tomoeda, yo y unos colegas más, un viaje hacia el sur del Perú, particularmente a Ayacucho. Mario, Enrique y Augusto nos estaban esperando y nos presentaron a sus dos profesores, Luis G. Lumbreras y Duccio Bonavia. Conversamos en un café en la ciudad y caminamos por el inmenso sitio de Wari. Duccio me dio una gran impresión con su pronunciación muy clara del castellano y su modo tajante de hablar.

Desde entonces empecé a leer o pasar ojeada sobre sus publicaciones en las revistas de arqueología. Su lectura me dio una impresión estimulante por su manera de narrar con varias evidencias innegables y sus conclusiones eran siempre convincentes. Aunque no era frecuen-

⁹ Sobre el paradero de las "manos cruzadas" y el accionar de Duccio Bonavia en este tema, ver Arellano en este tomo.

te, el encuentro y conversación con Duccio era muy entretenido para mí.

En otra oportunidad lo ví después de poco tiempo de su visita a Francia¹⁰. Me dijo que había estado con Bordes, pronunciando como “bordes” en castellano, pero luego entendí que no era Burdeos sino que hablaba del arqueólogo francés François Bordes. Entonces le pregunté si le enseñaron cómo hacer instrumentos de piedra y Duccio me contestó que sí, con una sonrisa de satisfacción.

Un día fui a visitar el Museo Nacional de Antropología y Arqueología, hoy Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú (MNAAHP), y descubrí con sorpresa el relieve de las manos cruzadas de Kotosh en la vitrina. Según el director de entonces, Lumbreras, me dijo que el director anterior, Jorge C. Muelle, había encargado a Duccio traerlo a Lima, porque era un relieve único y tan importante y se pensaba que debía guardarse y exhibirse en el Museo Nacional¹¹. Después de cierto tiempo, Duccio me contó su aventura riesgosa de traerlo. Gracias a su esfuerzo el relieve sobrevivió el tiempo violento y peligroso y ahora se encuentra sin ningún daño cuidado con toda la seguridad.

En 1988, un nuevo proyecto iba a empezar en el sitio de Kuntur Wasi bajo mi dirección. Duccio tuvo la amabilidad de invitar a su casa a los integrantes del equipo para Kuntur Wasi y Huacaloma. Una sorpresa fue que ahí nos encontramos con Ramiro Matos Mendieta y Richard Burger. No me acuerdo de los detalles de la conversación pero pasamos una tarde llena de alegría.

Un día de agosto en 2002, tuve otra sorpresa de recibir a Duccio, esta vez junto con Elmo León, en Kuntur Wasi. Estaba en la tercera temporada del Proyecto UNESCO para la conservación y restauración del templo Kuntur Wasi. A pesar de haber sufrido la operación del corazón, Duccio caminaba con facilidad por las áreas de trabajo en la cima del cerro. En la noche tuvimos la cena de bienvenida en el comedor del laboratorio del Museo Kuntur Wasi. Según mi diario de cam-

¹⁰ Acerca de su beca a Francia, véase Arellano en este tomo.

¹¹ Véase al respecto en Arellano en este tomo.

po, ese día contamos con 26 personas como integrantes del proyecto y unos visitantes, peruanos y japoneses. Duccio y Elmo se quedaron un día más en Kuntur Wasi¹². El último encuentro con Duccio fue en marzo de 2011, cuando dio su conferencia de despedida en el MNAAHP unos pocos días antes de irse a Canadá¹³.

Siempre ha sido un placer ver a Duccio y escuchar su opinión sobre varios temas de arqueología, no solamente del Perú sino también de otros países y continentes. Sus conocimientos eran amplios y profundos y sus críticas eran apoyadas por los datos detallados, criterios de alta calidad que no permitía negligencia y falacia. Hemos perdido un verdadero arqueólogo y prehistoriador muy destacado y dedicado.

Yoshio Onuki¹⁴

El Duccio que conocí¹⁵

Me siento orgulloso al recordar que Duccio Bonavia fue estudiante mío en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos en 1962, en la cátedra de Fuentes Históricas de Perú que asumí en 1958, al ser nombrado Ministro de Relaciones Exteriores el Dr. Raúl Porras Barrenechea. Las dos otras cátedras que regentaba el ilustre maestro decidió encomendarlas a Carlos Aranibar y Pablo Macera, por igual antiguos alumnos suyos.

En 1962, Bonavia era ya conocido como un estudiante sobresaliente, perteneciente a lo que podríamos llamar la segunda generación de arqueólogos que formó San Marcos. Ciertamente, años antes, en 1951, la Facultad de Letras había inaugurado un Instituto de Arqueología, clausurado en 1954 debido a falta de alumnado. En vista de ello

¹² El que compila puede cerciorar el profundo respeto y gran amistad que hubo entre Duccio y Yoshio Onuki durante ese viaje de campo que hicimos con Duccio en el 2002. Yoshio fue el anfitrión perfecto en Cajamarca, gracias a la invitación de nuestro estimado colega Walter Tosso.

¹³ Véase al respecto Arellano en este tomo.

¹⁴ Universidad de Tokio.

¹⁵ El título está inspirado en el de "El Uhle que conocí" del maestro Jorge C. Muelle, publicado en *Cultura. Revista de la Dirección de Cultura e Historia del Ministerio de Educación* [Lima, 1956], 1 (1): 4-10.

el fenecido Instituto de Arqueología fue absorbido por el Instituto de Etnología creado y regentado por Luis E. Valcárcel, deviniendo en adelante en el Instituto de Etnología y Arqueología. Es en este centro de estudios en el que se formó Bonavia, formando parte, como lo hemos señalado de la segunda generación de arqueólogos titulados en San Marcos. A la misma pertenecen, además de Duccio Bonavia, Luis Lumbreras y otros connotados investigadores de nuestro pasado arqueológico¹⁶. El autor de esta nota se afilia a la más antigua, al doctorarse en 1954, cuando el Instituto de Arqueología sanmarquino ya había fenecido a falta de matriculados. En los años 60 frecuenté una y otra vez a Duccio en la universidad, ya como arqueólogo egresado del Instituto de Etnología y Arqueología. Me impresionaba la erudición de mi colega Bonavia y su férrea voluntad en el cumplimiento de las metas que se proponía ejecutar. También el gran poder de percepción, por ejemplo, cuando me comentaba los detalles presentes en la escena visible en la famosa pintura mural de Pañamarca. Su análisis lo condujo, entre otras importanísimas investigaciones suyas, a que pasados los años publicara la muy valiosa obra de conjunto sobre la pintura mural en el antiguo Perú.

Otro gratísimo recuerdo de Duccio data de 1969. Fue cuando al frente de un grupo de arqueólogos convenció a las autoridades del Ministerio de Educación y del entonces Casa de la Cultura, de que fuera mi persona la que debía desempeñar el cargo de Director del Patrimonio Monumental y Cultural de la Nación. Jamás olvidaré a Duccio. Lo respeto como a un muy distinguido colega, brillante y obstinado en la investigación de nuestro pasado anterior a la irrupción europea, que no cejó en estudiarlo empleando la mayor objetividad posible. Finalmente debo ponderar su férrea actitud cuando se trataba de defender nuestro siempre amenazado legado patrimonial. Lo expresado aquí podrá certificarlo Elmo León Canales, discípulo principal y predilecto del gran Duccio Bonavia.

Federico Kauffmann Doig

¹⁶ Véase al respecto, la semblanza de Ramiro Matos, arqueólogo y compañero de estudios de Duccio en este tomo.

Presentación del libro de Bonavia

“[...] pero Duccio Bonavia no solo es un investigador penetrante, amplio, constante y prolífico. Duccio Bonavia es un estricto vigilante de la autenticidad espiritual y del rigor científico en el trabajo de la Arqueología sobre cuestión peruana. Y esto se ve cuando Duccio Bonavia suspende su actividad creadora de saber arqueológico para ocupar su tiempo como crítico. Si dijera que es severo e implacable, es poco. Es incisivo, diría terrible si es que la justicia de su causa no exigiera el juicio perfecto y la merecida condenación, cuando es el caso. Al leer las críticas de Bonavia y el lenguaje que usa no puedo menos que recordar a Dante-narrador cuando en la *Divina Comedia*, nos cuenta su encuentro con su “trisavolo” Cacciaguida en el quinto cielo, en el cielo de Marte donde están los combatientes de la Fe. Y no puedo menos, digo, que asociar a este combatiente por la fe arqueológica que es Bonavia con el lenguaje de Cacciaguida, sobre todo cuando le va a decir a Dante-protagonista los males que esperan y su amarga experiencia. Dice así: “Nè per ambage...ma per chiare e con preciso latin...” (Par. XV, 31, 34-35). Vale decir, “Ni por ambages... pero a través de claro y preciso latin...” le dijo Cacciaguida a Dante las verdades, por dolorosas que fueren. “Ambages...” del latin “ambages” que es hablar oscuro, equívoco, ambiguo. “Nè per ambage...” vale decir, con un lenguaje desprovisto de ambigüedades y más bien con un lenguaje claro y con un lenguaje preciso entendible, exótico ni enrevesado, sino contundente, Cacciaguida, digo Bonavia, este duro combatiente por la fe arqueológica le dice las duras verdades a toda laya de farsantes, improvisados, ignorantes y falsificadores paganos de la Arqueología como ciencia rigurosa. La crítica de Bonavia es sin ambages, con claras palabras y preciso castellano perfectamente entendible. Se diría que Bonavia utiliza el látigo verbo-conceptual, como Cristo. Cristo utilizó el látigo mismo, sin metáfora, para arrojar a los mercaderes del templo. Bonavia no solamente cumple el deber de salvar a la Arqueología peruana y con ello el patrimonio cultural nuestro, sino que en su crítica ejerce una saludable educación por la veracidad en un país como el nuestro en el que el eufemismo compadrero en unos casos o la mentira abierta, la falsificación de la palabra utilizándose sofismas ingenua-

mente admitidos o aviesamente disimulados, incluso, de manera cínica, en la más alta esfera del poder, resultan ser una práctica que encubre la corrupción y que envenena la política. La crítica de Bonavia realmente resulta desinfectante, desde todo punto de vista.”

Leopoldo Chiappo¹⁷

Duccio, el mentor, profesor y colega

Hoy en día, lamentablemente, son muy raros los investigadores que cumplen con publicar un informe de ciencia después de cada investigación. Duccio fue uno de ellos. Su ejemplo lo demostró permanentemente. Y es que de hecho, ello fue una de las condiciones que tuve que aceptar cuando tuve la honra de asumir mi posición de discípulo, desde el primer día que le conocí. Recuerdo que me dijo que él se encargaría de mi preparación a condición de buscar no distraerme después de cada investigación, pues la ética obliga que uno presente sus estudios a la comunidad científica constantemente. Siempre decía “Elmo, quien no publica, no existe”, y cualquier científico sabe que esta es la norma de nuestra vida académica, por antonomasia.

Una vez doctorado, Duccio, aún joven tiene que enfrentar una intensa carga de trabajo, cada una de ellas, no solo era asumida con responsabilidad, sino también reflexivamente, lo que le llevó a un compromiso formal que resultó en su conocida posición crítica al aparato estatal e incluso universitario, que nunca estuvieron a la altura de lo que nuestro patrimonio lo ameritaba. Bonavia siempre pensaba que se requería no solo de preparación académica, sino además, de vocación de servicio por nuestros restos, pues siempre consideró que la educación era la base del país, y que “cada resto destruido era una página de historia que desaparecía permanentemente de nuestra historia”.

¹⁷ Discurso pronunciado durante la presentación del libro de Bonavia *Arte e Historia del Perú Antiguo*, en Arequipa, el 12 de diciembre de 1994. Otra sección del discurso está dado a conocer por Matos en este tomo. Leopoldo Chiappo (1924-2010) era un filósofo peruano de ascendencia italiana, quien fue catedrático de Filosofía en la Universidad de San Marcos y profesor fundador de la Universidad Cayetano Heredia, donde Bonavia trabajó hasta su jubilación.

Sus trabajos en la Casa de la Cultura (convertido después en el Instituto Nacional de Cultura) en la década del 60 del siglo pasado, lo conducirían al tema del estudio de colecciones y defensa del patrimonio. Su esfuerzo en hacer un listado en el campo, documentando la existencia de yacimientos arqueológicos, es hoy, virtualmente la ficha de nacimiento de dichos sitios, que ahora constituyen el legado arqueológico peruano.

En este contexto, tal vez es poco conocido que Bonavia tuvo una plena consagración a la defensa del patrimonio, no importa si se trataba de algunas piedras de hace miles de años, o alguna pieza maravillosa de oro, cuyo arte deslumbra hoy aun. Uno de los factores, si no el principal, que llevó a Bonavia al estudio del pasado, pienso, es su sentido de justicia y defensa de lo vulnerable. El evento que siempre era relatado por él, refería cómo su familia había sido invitada a una casa de descanso en el Valle de Huarmey, y fue allí donde observó por vez primera, cómo los “huaqueros” extraían los objetos de la tierra, impunemente, destruyendo la historia. Es probable que desde esos momentos sintiera una necesidad de defender lo vulnerable, más aún cuando no había normas que protegieran el patrimonio. Lo que parece inverosímil es que un hecho como este haya podido marcar la vida de este hombre, de tal forma, que no supo cómo abordar este reto, más que el consagrarse por entero al estudio del pasado, para su conocimiento, su defensa y su preservación para futuras generaciones.

El lector me va a permitir contarle brevemente una anécdota sobre Machu Picchu, ni más ni menos. Y es que se trataba de que se había preparado una resolución para la construcción de un teleférico sobre estas importantes ruinas en momentos en que el Perú se hallaba bajo la dictadura de Juan Velasco Alvarado. Duccio, como algunos de nosotros, aún tratando de sentar ética, consideraba que esto era una amenaza para el famoso sitio arqueológico, de modo que resolvió llevar el documento antes de su validación legal (eran resoluciones supremas, firmadas por el Presidente de la República) al mismo General Velasco para hacerle ver que si lo firmaba, condenaría a Machu Picchu a su inevitable destrucción. Y lo hizo. Un sinnúmero de veces me contaba que papel en mano, fue a palacio y que logró convencer a seguridad para que le dejaran pasar, hasta que llegó a la misma oficina

de Velasco, quien estaba en medio de una junta con sus ministros. Sorprendido, el Presidente le preguntó que quién era y para que lo buscaba. Duccio le dijo "Sr. Presidente, soy un funcionario del INC y le traigo una resolución que si Ud. firma, pasará a la historia como el Presidente que destruyó Machu Picchu..." Velasco miró rápidamente el papel y lo rompió llamando al Ministro de Educación para llamarle la atención fuertemente. Duccio añadió como anécdota con una amplia sonrisa: "tuve suerte, pero además, confirmé el mito que la gente decía, el hombre tenía sobre su escritorio dos pistolas, una negra y una blanca". Hoy en día, si Machu Picchu es nuestra maravilla mundial, en parte se lo debemos a Duccio Bonavia. Otros sitios emblemáticos como Puruchuco, Pachacamac, etc. fueron también defendidos por Bonavia. Incluso, hay algunas obras de arte prehispánico que él pudo salvar, entre ellas, las famosas "manos cruzadas" de Kotosh¹⁸. Y si no pudo salvar el objeto, lo hizo de manera documental, por ejemplo, por medio de su libro de arte mural prehispánico¹⁹.

La biografía de Ramiro Matos, en este tomo, nos habla de un Bonavia joven que se sentía feliz con cada trabajo de campo, y se refiere al primero que tuvo en el sitio de Aya Orjo (1958) conjuntamente con compañeros de estudio. Gran verdad fue esta. Pero si se me permite, debo añadir algo que Ramiro, en su don de gentes y con su gentileza que le caracteriza, no ha consignado. No es mi intención corregir, sino más bien dejar sentado, precisamente en honor a la verdad, como siempre me dijo que actuara el mismo Duccio. Además, porque va a permitir aclarar su sentido del valor de la palabra y la ética y su separación de uno de los arqueólogos más conocidos del medio de la Universidad de San Marcos.

Luego de ciertas coordinaciones, los autores del artículo viajaron a Ayacucho. Una vez localizado el sitio, subieron la cuesta para iniciar las excavaciones. Menuda sorpresa se llevó Duccio, apenas llegados, al escuchar que el otro arqueólogo que lo acompañaba dijo que tenía que hacer y dejó a Duccio Bonavia y Félix Caycho solos en el campo. Esta

¹⁸ Véase Arellano al respecto en este tomo, y Onuki en este artículo.

¹⁹ Véase las memorias al respecto en Campana, en este artículo.

persona nunca regresó. Recuerdo que Duccio supo posteriormente que dicho individuo estaba haciendo actividades que no competían a su trabajo arqueológico y en el colmo de la desfachatez, exigió firmar el trabajo que se suponía en conjunto. Duccio, joven aun, asintió. Este no solo es el primer contacto con un colega que no cumplió su palabra y faltó a la responsabilidad, sino con el mundo de la informalidad. Y conociendo a Duccio, cuando algo no mostraba ética, él mismo se alejaba.

La relación entre el susodicho y Duccio se agravó cuando años después, ya profesionales ambos, tuvieron otro conflicto. Duccio venía laborando intensivamente en el Museo Nacional, y había llegado por línea de carrera hasta el puesto de subdirector. Luego llegó el cambio en la dirección del INC. Las relaciones se volvieron difíciles en 1972 cuando Martha Hildebrandt asume la dirección del INC. Poco tiempo después el director del museo, Jorge Muelle, renunciaba, nombrándose luego a Duccio director interino, hasta que se colocó a un nuevo director, aliado de Hildebrandt: Luis Guillermo Lumbreras. Duccio renunció al cargo. Se vio obligado a renunciar, a pesar que Duccio había sido nombrado funcionario estatal de carrera de casi una década. Pero, como me decía siempre Duccio, lo más grave es que desde ese momento se instauró la costumbre de la designación de cargos públicos por política (hoy en día llamados de "confianza"), y no por técnica o línea de carrera. Esto constituyó el primer debacle en el aparato administrativo del órgano tutor de la cultura en el país.

Antes de irse, recuerdo su relato de cómo le habían cambiado la chapa y llave de su oficina, e incluso habían sacado sus cosas afuera, cual individuo que no paga la renta de su alquiler y le echan a la calle. No hubo ningún respeto ni consideración de colega a colega. Sus sentimientos de enervación no puedo reproducirlos aquí. Hoy en día, Duccio está muerto, mientras que el otro colega recibe palmas al mérito.

Me consta cómo Duccio se manifestaba con tanto cariño de nuestro entrañable escritor y literato, José María Arguedas, que tanta marca ha dejado al nombre de nuestro Perú. Y si hay alguien interesado en conocer la opinión de nuestro Arguedas sobre el colega referido arriba,

quien jugó mal a Duccio, puede consultar las cartas de Arguedas publicadas.

Habiendo salido del museo y sin acceso a universidades de su especialidad, es decir, sin acogida en el medio arqueológico, es su colega farmacólogo, Ramiro Castro de la Mata quien le ofreció intermediar para conseguirle un puesto de profesor permanente en la Universidad Peruana Cayetano Heredia, donde precisamente no existía la carrera de arqueología, sino más bien medicina y biología. Pero curiosamente, es aquí donde Duccio empieza a entrelazar estas ciencias que las incorporaría en sus trabajos del pasado, de manera brillante, tanto que aún permanecen expuestos sus enunciados e hipótesis desde el área de la bioarqueología, paleopatología y sobre todo, etnobotánica, siendo así un precursor de trabajo interdisciplinario uniendo la arqueología con las ciencias naturales. No cabe duda de que Duccio veía en cada desventaja que la vida le ponía al frente, una ventaja, una ocasión para desarrollar ciencia, con letras mayúsculas. Y con cada inicio tuvo grandes dificultades, pues recuerdo las innumerables veces que le visitaba en su oficina 111, en el segundo piso de la Facultad de Biología de la Universidad Cayetano Heredia, que me decía que ese lugar era un lujo frente a la caseta que le había asignado la institución en medio de un terreno baldío de la periferia del campus. Es en esas circunstancias que recuerdo bien que uno de esos días, mi mayor premio fue el que me invitara a almorzar, hablando de ciencia hasta el postre. Y si dejaba algo en el plato, me decía: “Elmo, no deje nada en el plato, o si no, ¿quiere que le cuente lo que comíamos en la postguerra en Italia?” En casa, con los años la confianza hizo que cenáramos tantas veces, al final, me hacía recordar sus palabras el valor de la vida, siempre con una sonrisa.

Tuvo muchos reconocimientos, como relata Matos en este tomo, pero estos procedían del exterior, no del Perú. Al respecto, Duccio no reaccionaba, solo se dedicaba al trabajo, como hormiga, con muy escasa prensa o reconocimiento público peruano, la cual incluso tergiversaba o editaba sus comentarios. La dureza de la vida hacía que dijera constantemente: “Elmo, es una raya más al tigre, por eso Ud. debe irse, pues desde afuera puede conseguir mejores sponsors que desde

aquí.” ¡Cuánta verdad decía el maestro!, pues hoy puedo dar fe de esto.

Para lograr su abundante publicación, Duccio siempre blandía dos bastiones. El primero es el acercarse a los especialistas, y el segundo es una bibliografía seria que le permitía incursionar en campos que en su momento eran prácticamente desconocidos en ese tiempo. No había globalización, ni Internet. Imagino la talla de trabajo que hubiera tenido más aún si contara con los modernos recursos que hay hoy para la investigación. Su trabajo lo hizo conectarse y desarrollar lazos con colegas, que en muchos casos se convirtieron en amistad con académicos de diversas áreas, nacionales e internacionales.

Duccio se inició con breves artículos sobre temas, que poco a poco iba madurando, hasta que en la madurez de su vida terminaría en sendos libros, que hoy en día pueden ser leídos una y otra vez. A pesar del avance de la ciencia, la sustancia y reflexiones de Bonavia son tan vigentes como antes. Es la visión de la experiencia, de lo medular, que solo unos pocos logran. Precisamente al evaluar lo medular, halló inconsistencias en otras áreas de ciencia, que cuando tocaban a la arqueología se manifestaban abiertamente, lo que hizo que los editores suelen poner reparos a sus publicaciones, sin previa edición. Pronto, Duccio se fue separando de algunas instituciones por este motivo. Siempre decía que la ciencia se ve presionada por una serie de intereses y “mafias”. La que le causó mayor perjuicio fue la del maíz, sin duda, aunque fuera de recensiones positivas o negativas. Su libro del maíz, lo sintió como un desenlace a tantos años de trabajo, nada menos publicado por Cambridge University Press y apoyado por los estudios genéticos de Alexander Grobman.

Particularmente, pienso que cada tema tratado por Duccio es impresionante, considerando solo que en materia informativa, estos exceden a lo que se trabaja y publica en el Perú. Un libro de síntesis, como *Perú: Hombre e Historia*, contiene muchos temas de sus otros libros, podría ser considerado su producto más logrado, aun habiéndolo escrito no en una edad completamente madura. Difiere de muchos otros “manuales”, no solo por la visión profunda y holística de Bonavia, sino

porque tiene sentencias que literalmente, capturan la información de tal modo que establecen tendencias y analogías que solo Duccio podía ver, pero además, que pueden servir hoy en día, para un sinnúmero de trabajos. Sé de buena fuente, que al igual que su gran libro de la excavación e interpretaciones del yacimiento de Los Gavilanes, que es usado en algunas universidades como manual de reportes de trabajos de campo (por cierto no en el Perú), *Perú: hombre e historia* es usado como una importante referencia por profesores connotados.

Ramiro Matos, en este tomo, hace alusión a una referencia de Duccio respecto a que el Perú siempre le ha dado la espalda al mundo indígena. La cultura indígena debe ser estudiada para ser reconocida e incorporada en nuestro plan de desarrollo. Ahora la migración ha hecho que sus hijos desde el campo, estén ya en la ciudad, y que, sin el reconocimiento, ni la preparación necesaria, muchos están en las rindas del Estado; conducen al país desconociendo el criterio de un estado, y se resuelve todo a nivel de intereses familiares indígenas o de compadrazgo. Los políticos designan a las autoridades culturales, desconociendo si tienen capacidades técnicas, de modo que ignoran el potencial de los museos, e inclusive piensan igual que el ciudadano de a pie, como indica Carmen Arellano. Y es que no nos conocemos los peruanos, pues si lo hiciéramos, pensaríamos más en sentido de comunidad y de servicio profesional y técnico. Al final, los intereses de los políticos de turno se imponen. Ahora se da la espalda al forjamiento de un estado y una sola nación. Duccio lo había ya advertido, y quizá, avanzando en el siglo XXI, es tarde ya, pues ni siquiera se han preparado materiales adecuados para el sector educativo, la única esperanza de nuestro porvenir. Como decía Duccio y Matos lo señala, los peruanos aún no nos conocemos. Yo añadiría, si lo hiciéramos, empezaría a pensarse en comunidad...

Duccio ofrecía todo de sí y se comportaba éticamente. Quien actuaba de lo contrario, simplemente se expedía de su esfera de amistades y personas de su entorno. Al final, su edad, y probablemente frustraciones lo llevaban a contarme una y otra vez sus malas experiencias, pero con el transcurso de los años de manera algo más calmada. Siempre me decía que antes de irse, alguien debía de escribir la historia de

la arqueología peruana; él mismo, entre tanto trabajo y planes, nunca pudo hacerlo. Presiento que no era solo para documentarla, sino para exponer a la comunidad, pero más aún a los estudiantes, quién es quién hoy en día. ¡Hay tantas experiencias vividas con Duccio!

Una vez que me aceptó como discípulo, iba a estudiar a su casa, lo que me permitió penetrar en su entorno familiar, y acercarme a su esposa fiel e incansable asistente, doña Anita, quien siempre tuvo una palabra de aliento para mí. Duccio trabajaba en su oficina en el segundo piso, mientras yo preparaba mis lecturas en la planta baja. Cada cierta media hora bajaba para ver lo que hacía, y si me veía leyendo otras partes de un libro, me llamaba la atención. Se sentaba junto a mí para responder a mis preguntas, pero a la vez, para darme consejo cuando lo necesitaba, como un padre.

Pronto surgió la amistad, a medida que crecía y maduraba. Era una amistad profunda, pues los dos nos contábamos pasajes de nuestras vidas privadas. Allí supe valorar más al hombre que había sufrido tanto en la posguerra, cuando niño, quien perdió a su mejor amigo, a sus 8 años saliendo de la escuela, después que un bombardero inglés lo atravesó con una ráfaga de balas. Duccio se había salvado, pues al escuchar el sonido del avión, pudo tirarse a tierra y buscar refugio. ¡No puedo imaginar el rostro del niño viendo la macabra escena de su pequeño amigo después de esta tragedia! Duccio jugaba con granadas y llevaba la insignia de Dalmacia de su primo que había combatido en la guerra, cuyo padre había muerto en sus brazos. Su sentido de pertenencia nacional era ejemplar, a tal extremo que rivalizaba con el valor de la familia, en un sentido, una forma de pensar nórdica europea. Las dificultades de la posguerra nunca lo atormentaron, pero eran recuerdos frecuentes.

Lo importante es que salió adelante y con mano firme, pero a la vez bondadosa, como cuando me apoyó sin interés alguno para conseguir la beca a Alemania, lo que me valió hacer ahora mi carrera académica, todavía bajo su tutoría. Cuando mi madre murió estando yo en Europa, sin poder venir, sentí que se desplomaba mi mundo; tanto mi esposa Nancy como Duccio me dieron sustento. Nunca olvidaré sus

mensajes interdiarios, su apoyo era incondicional. Cuando regresé con el doctorado, me dio el más grande abrazo y el derecho a tutearnos. Nunca dejó de preocuparse por su discípulo, Elmo. Me ayudaba con las becas, trabajos; todo para poder continuar haciendo ciencia.

Una hermosa oportunidad se presentó en el Smithsonian Institution con la ayuda de Ramiro Matos. Duccio siempre se preocupó por su discípulo, sin interés alguno. Nos deja la lección, como bien dice Matos, de seguir su ética y la de servir a la comunidad, lo que confieso me agrada mucho.

Una fase poco conocida de la vida de Bonavia es su accionar en la Casa de la Cultura y cuando ésta se convirtió en el Instituto Nacional de Cultura. Probablemente por la decepción que sintió frente al aparato estatal peruano, no habló mucho al respecto. A pesar de su juventud, contó con el apoyo de su mentor y profesor, el Dr. Jorge Muelle; logró cambios que aún benefician no solo al museo, sino además al mismo ministerio. Duccio seguía los consejos del maestro hasta que dejó la institución. Podría hurgarse más en la relación entre ambos, que fue larga y profunda. La coyuntura para que los avances marchen estaba dada, pues Duccio proponía, Muelle observaba o procedía y Fernando Silva Santisteban o, en su momento, José María Arguedas, en la Casa de la Cultura, aprobaban para la ejecución. Es probable que durante este tiempo, Duccio haya profundizado la relación académica y amistad con ambos ilustres personajes de nuestra cultura peruana. Y si bien no tuve la oportunidad de conocer a Arguedas, puedo dar fe del cariño con que Duccio se refería siempre a Arguedas. Duccio solía visitar muy frecuentemente a Fernando. Incluso, cuando regresé de Alemania, recién graduado de doctor, tuve problemas de encontrar trabajo en el Perú, Fernando tuvo el gesto de invitarme a trabajar en la Universidad Federico Villarreal, en el 2002. Las veladas de esos años en la casa de Fernando son imborrables, pues discutíamos sobre temas culturales en medio de un ambiente científico y de amistad. Cuando Fernando falleció, Duccio recibió un gran golpe del cual no pudo recuperarse. De mi parte, nunca olvidaré al gran maestro, Fernando Silva Santisteban, siempre dando la mano en tono franco, preguntando al

aún joven discípulo de Bonavia sobre los avances de la investigación y planes futuros. Era de la misma madera que Duccio.

En cuanto a los aportes de Duccio Bonavia al Museo Nacional de Arqueología y Antropología, Benjamín Guerrero da fe de las instrucciones que recibía de Duccio para ordenar los catálogos y estantes de la biblioteca del museo, pero además del servicio especializado que brinda esta unidad a los profesionales y a la comunidad. Bonavia además preparaba material para exhibiciones, y desarrolló una serie de trabajos de campo que lo llevarían a experimentar con diversos temas de la arqueología peruana, y seguramente, lo condujo a sus trabajos interdisciplinarios por los cuales era reconocido.

El gesto de Carmen Arellano, entonces directora del Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú, junto a Ramiro Matos y sus colegas y amigos de la Academia de Historia del Perú, de hacerle un homenaje de despedida el 2011, fue halagador y reconfortante para Duccio. Carmen se preocupó por todos los detalles, en ese tiempo, donde yo estaba apoyándola en el mismo museo, desde mi jefatura en el Área de Investigaciones. Nunca olvidaré este gesto, pues pocos son los reconocimientos que en este país de hacen en vida a los colegas con prestigio como Duccio. Duccio estaba notoriamente emocionado. Mi discurso no fue académico, pues quería que el público asistente conociera a Duccio como mi mecenas, mi amigo, mi profesor y mentor, que de manera desinteresada me había apoyado desde que inicié mis estudios universitarios. Los comentarios siempre apuntan a la buena cantidad de estudiantes que estuvieron presentes, a pesar que en el fondo, él nunca pudo hacer escuela en alguna universidad, ya que no se le proporcionaron las condiciones para ello. Nunca olvidaré cuando antes de irse a Canadá a radicar, con el presentimiento de que no volvería a verlo, me obsequió sus herramientas de trabajo de campo, algunos de sus libros y colecciones líticas, diciéndome que tomara la posta. Fue un momento difícil. Sobre todo, por la responsabilidad que ello implicaba, pero más aun, por el sacrificio que Duccio hizo al relegar a su familia a un segundo plano, frente a su trabajo y compromiso con el país. Hoy en día, nos deja entonces su legado, como bien

dice Carmen Arellano, que se resume en responsabilidad y ética a infundir en las nuevas generaciones.

Duccio murió trabajando sobre su tema predilecto: el maíz, en Huaca Prieta-Paredones. Si bien no pudo ver el resultado final, los hallazgos de campo lo hicieron muy feliz. Tengo todavía sus mensajes que desbordan de alegría al enterarse de la profundidad cronológica de las tusas y granos de maíz de Paredones. Y, estimado lector, ¿quiere que le diga algo más? Duccio había anticipado estos hallazgos hace años, al menos desde que le conocí en 1988. Sin duda, era un gran científico que llegaba a niveles de predicción de hallazgos que buscaba, simplemente a base de la experiencia y de documentarse en otras ciencias. Ese era Duccio Bonavia.

Uno de los últimos discípulos de Duccio, es el licenciado en arqueología Juan Yataco, actualmente curador de lítico del Museo de Arqueología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Es uno de los pocos alumnos que pudo acercarse en la última fase de la vida científica de Duccio Bonavia. Él fue mi alumno en el 2002 en la Universidad Villarreal. Poco después, trabajó en una investigación que se me propuso en el 2004, y desde ese momento se empezó a especializar en material lítico, de modo que tanto Duccio como yo, pudimos inculcarle parte de nuestras experiencias y conocimientos. Y no nos hemos defraudado, pues Duccio me decía en vida, el potencial de Juan, que esperemos depare más frutos a futuro. Su artículo en este tomo es una excelente muestra de la escuela de Bonavia, examinando las fuentes y concluyendo ideas a partir de la evidencia, lo que siempre Duccio había subrayado. La escuela de Bonavia, pues, continúa en nuevas generaciones.

Elmo León Canales

III. EL MAÍZ Y EL PRECERÁMICO